

Algunas margaritas

y sus fantasmas



Chrysanthemum leucanthemum

Paulette Jonguitud Acosta

SE INICIA CON UN RAMO DE MARGARITAS crisantemo que ha naufragado en la mesita. Un ramo que compró casi por descuido al salir de la tintorería. Es domingo a media tarde y tiene frío, el vecino hace rato que dejó de gritar gol y la lluvia es una promesa no cumplida. Las margaritas redondas y amarillas nada tienen que hacer en la mesita, estarían más a su gusto en un camellón entre la hierba. Flores de cementerio, diría su madre, y por eso las compra. Son porosas como esponjas para baño, son pequeñas, y lo miran. Piensa en ese cuadro que se llama *Algunas rosas y sus fantasmas*. El cuadro lo recuerda apenas, visto en un museo de un país que no es el suyo, pero el título lo guarda desde entonces en un bolsillo del recuerdo. Algunas margaritas y sus fantasmas me miran dormir. Pero no duerme, dormita apenas, sentado en la sala, un domingo por la tarde.

Los tallos comienzan a pudrirse y el agua huele a estanque. Sobre la mesa espera su caja de herramientas. Podría levantarme y se levanta. La caja fue de su padre, metal rojo y oxidado. Va sacando la herramienta: pinzas para cortar tallos de rosa, para cortar ramas, para cortar follaje, para cortar los tallos blandos, alfileres y horquillas, cinta verde de florista, espuma oasis. Su padre colecciona tics, él colecciona pinzas. Cada domingo hace un arreglo para no pensar. Acomoda la herramienta sobre un mantel blanco, que no se ensucie la mesita, y se irrita un poco porque olvidó planchar el mantel y los dobles hacen que parezca cuadrado. Saca

el ramo del jarrón y corta el trozo descompuesto a cada uno de los tallos. Corta en diagonal porque es así como las flores duran más en agua. Luego toma una navaja y con movimientos largos adelgaza la punta de los tallos.

La navaja de su padre.

Los domingos por la tarde hace un arreglo para no pensar y piensa en su padre y en sus tics, en su padre que no puede caminar en línea recta sin dar tres saltitos cada dos pasos, que no puede cruzar la sala de su casa sin tocar catorce veces con la punta de los dedos cada uno de los ladrillos, en su padre el barbero que sólo es libre de los tics tras la silla de la barbería donde toma una navaja y la desliza por la cara de los clientes sin sombra del mal que le domina. Los tallos tienen ahora las puntas afiladas. Hay que limpiarlos de follaje y arranca las hojas verdes. Quería hacer un *bouquet* pero ha cortado mucho los tallos, tendrá que pensar en otra cosa. Mejor, porque a su padre a veces le da por arrancar de una mordida las cabezas de las flores. Las margaritas crisantemo alineadas sobre la mesa, todas del mismo tamaño, húmedas y limpias de follaje.

Al fin cede la lluvia y cae. Él corta la espuma oasis para darle forma de cuadrado y clava en ella la primera margarita hacia la izquierda, eje del arreglo. Los domingos cierran la barbería y sin ella su padre es apenas perceptible debajo de los tics. Cuando era niño los domingos se escuchaba por la casa: ¡Cuchillo! ¡Libro! ¡Teléfono!, eran breves advertencias que el barbero alcanzaba a gritar segundos antes de que un impulso le obligara a lanzar el dicho objeto por los aires. Tres flores clavadas y el arreglo avanza, no será un *pot et fleur* porque no quiere ir a buscar una maceta, ni será un topiario porque no tiene suficientes flores y se olvidó de comprar helecho. Este domingo tendrá que conformarse con un tapiz, con un cuadro. Algunas margaritas y sus fantasmas. 

